PORVENIR

DE

LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

Artículo Primero.

El orígen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas, lo ecsaminamos estensamente en otro lugar (1). Allí quedó demostrado á la luz de la filosofia y de la historia, que los incrédulos y los protestantes, al condenar estos santos institutos, desconocian la religion, la sociedad y el hombre. Algo indicamos tambien de nuestra opinion sobre el error de los que creen destruido para siempre lo que tiene reservado un ancho porvenir; mas como quiera que entonces hablamos en general, y que el carácter de la obra ecsigia mas bien investigaciones históricas que pronósticos y conjeturas, todavía nos queda mucho que decir bajo este aspecto, mayormente aplicándolo con especialidad á nuestra España.

Segun el juicio que cada cual forma sobre la suerte de las obras de la revolucion, divídense las opiniones en lo tocante al porvenir de las comunidades religiosas. Los que esperan ó temen una restauracion mas ó menos cumplida, miran como una de sus consecuencias el restablecimiento de las mismas; y los que se prometen

(1) Véase el tomo tercero de la obra publicada por el autor titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, desde el capítulo 38 hasta el 47, ambos inclusive.

ó temen que la revolucion será invencible en sus efectos, y que no es posible deshacer lo que ella ha consumado, consideran como cosa muy difícil, y poco menos que contradictoria, el renacimiento de lo que murió á mano airada y de una manera tan estrepitosa. No compartimos el parecer de unos ni de otros; en nuestro juicio, volverán á brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una ú otra forma; y este hecho, que se está verificando en todos los paises, aun los mas trabajados por los huracanes de la revolucion, se realizará en la católica España con mayor estension, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza y se establezca y consolide un gobierno. Y cuando de gobierno hablamos, prescindimos de la forma; solo nos referimos á una situacion regular que ofrezca algunas garantías de órden, y que no consienta que se atropelle la libertad individual como se ha hecho hasta aquí, ora por los desmanes de asalariada plebe, ora por el despotismo de gobiernos que oprimian y tiranizaban apellidando libertad y ley.

Suponiendo sancionadas las destrucciones de la revolucion y consolidadas sus obras, y que el gobierno regular que en tiempo mas ó menos lejano se establezca, sea nacido de los poderes y de las formas creadas por ella, todavía creemos que renacerán las comunidades religiosas, sin designio por parte de dicho gobierno, sin que les dispense ninguna clase de proteccion; antes al contrario, á pesar de la desconfianza con que las mirará, de los embarazos que les suscitará, y hasta de cierta resistencia que les opondrá; todo siguiendo las inclinaciones y los instintos de la madre que le habrá dado el ser y le habrá criado en su seno. Todo gobierno nacido de una revolucion adolece un tanto de achaques y celos revolucionarios. Tal es la naturaleza de las cosas.

¿Cuál será la forma de las comunidades religiosas que aparecerán en España? Difícil es decirlo, si en esta forma vienen comprendidos los nombres, los trages y los pormenores de la regla; pero si la palabra se toma en acepcion mas elevada, si se trata únicamente del objeto á que se destinarán y de aquí se intenta deducir su carácter distintivo, entonces es mas fácil responder á la pregunta, aventurándose á conjeturas no destituidas de fundamento.

Recordaremos aquí lo que espusimos y demostramos estensamente en el lugar arriba citado, á saber: que las comunidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religion; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufria modificaciones acomodadas á las circunstancias de lugar y tiempo, sobre todo, al objeto peculiar y característico á que cada cual se destinaba. Probamos

tambien que la historia enseñaba que dichas comunidades habian tomado siempre una forma conveniente para satisfacer grandes necesidades de la religion y de la sociedad. Asentados estos principios tenemos la clave para adivinar el porvenir.

En primer lugar es cierto que los institutos religiosos renacerán, allí donde se conserve la religion; y como en España fuera inesacto el proyecto de estirparla, bien podemos asegurar que la causa producirá su natural efecto mas ó menos tarde.

Dos grandes necesidades aquejan á la sociedad actual: un retiro para los fastidiados del mundo, y un freno para la plebe. La sed de goces que devora á la generacion de nuestro siglo, acarrea mas pronto que en otros el cansancio, el tedio, el hastío de gozar; el espíritu se abate y se postra despues de haberse fatigado en pos de mentidas ilusiones; y para colmo de desesperacion, viene á secarlo todo, á deshojarlo todo, una literatura, que á lo inmoral é inmundo, reune el defecto que no se le achaca, y que sin embargo, es de los mayores de que adolece: el no tener entrañas. Disminuye el bien, ecsagera el mal: finge sin pudor cuando no le sufraga la realidad, y cuando esta se la brinda con hechos positivos, cuida de presentarlos bajo el aspecto mas negro, mas asqueroso, mas desconsolador y desesperante. Al mozo de veinticinco años le cubre la cabeza de canas, y no las canas que anuncian prudencia y reposado juicio, sino las que abrigan suspicaz desconfianza, desprecio de los demas hombres, tedio de la vida, mundo sin ilusiones, recuerdos punzantes, tinieblas sin un rayo de luz, males sin remedio, dolores sin consuelo, porvenir sin esperanza. Entregarse á nuevos goces es inútil para distraer el entendimiento y minorar la pesadumbre del corazon: los resortes están gastados, el alma está rendida y floja: solo una nueva vida podria remozarla. La embriaguez del deleite y el encenegamiento en sus mas repugnantes lodazales, solo produce una tregua de momento: como el ébrio que ahoga sus pesares con vino, se halla al despertar á la mañana siguiente, con la triste realidad, cara á cara con su infortunio.

A este desgraciado, el mundo le dice, "suicídate;" la religion le clama: "abandona un mundo que te abandona; retírate, llora tus estravíos en penitente soledad, y encontrarás el camino del cielo, cuyas dulzuras comenzarás á sentir ya en medio de las austeridades de la tierra." El mundo impío y cruel se mofa de sus propias víctimas, las abandona á todo el horror de su suerte, despues que ellas le han sacrificado su honor, su salud y su fortuna. "Ya que no sirves para tomar parte en mis orgías, ahí está el mar que te tragará de muy buena gana, y me ahorrará la molestia de oir tus pla-

ñidos; ahí está un elevado picacho, una altísima torre, de donde puedes derrumbarte á tus anchuras; ahí están los puñales, ahí el veneno, ahí el dogal, ahí las armas de fuego; y si eres cobarde, si no te atreves á ver la muerte bajo formas terribles, tiéndete sobre elegante y mullido sofá, cúbrete de tus mejores vestidos, respira delicados perfumes, lee brillantes páginas de un libro aterciopelado, y aguarda que el humo del carbon cierre tus ojos para no abrirlos jamas. En los momentos de soporoso delirio, murmulla todavía un nombre querido, y halágate con la grata esperanza de que al amanecer de mañana, cien y cien hojas publicarán tu trágica muerte, y pedirán al lector una lágrima para tus cenizas."

La religion tiene mas misericordia, la religion no deja nunca sin esperanza: el error y el vicio, la mentira y el crímen, no carecen de perdon, mientras el culpable vive sobre la tierra. Levantar los ojos al cielo y decir compungido: pequé, basta para lavar las mayores iniquidades. La postracion de espíritu, los malos hábitos, las llagas mas rebeldes, todo cede á la eficacia de los remedios que el Señor confió á su Iglesia. El arrepentido puede salvarse en todas partes; pero si se resuelve al acto heróico de abandonar el mundo, si pasa los umbrales del claustro, colocándose allí á esperar la hora señalada para descender al sepulcro, entonces su corazon se siente aliviado, descargado completamente del peso que le agobiaba; un nuevo soplo de vida ha reanimado su rostro, el cielo brilla con nueva luz, y la ecsistencia que se creia prócsima á estinguirse, se siente robusta y briosa, con aliento para avanzar con rapidez en los senderos de la virtud.

Estos recursos valen, por cierto, algo mas que el suicidio; de esta manera se ahorra al desgraciado una catástrofe, á las familias un desconsuelo, una pérdida á la sociedad; y cuando la soledad del claustro no ofreciera otras ventajas, no seria para olvidada á los ojos de ningun hombre compasivo. En todos tiempos han necesitado de este retiro las almas afligidas que en medio de sus tribulaciones sintieron que descendia para ellas una inspiracion sublime y consoladora; pero tal es la situacion de los espíritus, tal el desarrollo simultáneo de todas las facultades del alma, tal el vacío que esperimentan los corazones grandes, que si de aquí á algun tiempo se levanta en los desiertos una mansion sombría, donde se establezcan la austeridad y la oracion, será objeto de viva curiosidad para esa juventud ardiente que busca un pábulo á sus sentimientos de llama, y no faltarán algunos que trocarán los placeres de Roma por el silencio y los rigores de la gruta de Belen.

En España mas que en otras partes, se verificarian estas admira-

bles transformaciones, que el mundo no comprende, y que solo la religion esplica; porque en este suelo clásico de fé y de piedad, la revolucion no ha podido ahogar la semilla preciosa; no ha hecho mas que cubrirla con escombros; pero allí se conserva abundante y viva para producir copiosos frutos el dia que el sol de la gracia la hiera con sus rayos fecundantes. Mas no se crea que esto nos pertenezca esclusivamente, tambien en otros paises se observa el mismo fenómeno; en el proceloso mar en que viven sumidas las generaciones presentes, ojos cansados de buscar una playa donde se encuentre reposo y consuelo, se vuelven á la religion y la miran con esperanza y cariño. Se ha sondeado el corazon humano despues de quitada la religion, se le ha revuelto en todos sentidos, se ha pretendido descubrir su fondo, pero cuantos se han abocado á la tenebrosa sima, han oido una voz dolorida que pedia un Dios. El genio del mal lo conoce, y no se olvida de tomar sus precauciones. "Es necesario ir con tiento en eso de institutos y monasterios. . . . esa juventud ardiente, poco satisfecha de sí, y fatigada del mundo, se lanzaria con afan á ellos, ansiosa de saborear las impresiones religiosas." Estas palabras se las dijo al que esto escribe, un estrangero de distinguido mérito y no vulgar categoría; y el que lo escuchaba tomó acta de confesion tan esplícita y franca, porque en ella venia espresado un pensamiento que compendiaba todo un sistema.

Digan lo que quieran los enemigos de la religion, se conservan todavía profundamente grabados en el corazon de los españoles, los sentimientos cristianos; todavía oimos á cada paso recordar con entusiasmo mezclado de dolor, las visitas que se hicieron á los monasterios de la Cartuja y de la Trapa; todavía notamos que se echa menos el sabroso dia que se disfrutó en una de aquellas sublimes soledades. El canto de los monges, los resonantes ecos de silenciosos corredores, el mugido de los bosques cercanos, el vibrante y grave sonido de la misteriosa campana, el aspecto venerable de un anciano encanecido en la penitencia, el angelical semblante de un compungido novicio, la frente serena de la edad viril, anunciando un corazon brioso sojuzgado por la gracia, y una conciencia sin mancha ni remordimiento, son objetos que todavía no se han olvidado; y mas de una vez se enciende la indignacion en los pechos generosos, al pensar que á tan santas mansiones se atreviese la impiedad con sus puñales y sus teas.

Establecimientos de grande abstraccion, de mucha austeridad, donde se reuniesen hombres llamados por Dios para resucitar la vida de los primitivos monges, encontrarian en el pais las mayores simpatías; no habrian menester el apoyo del gobierno, porque se lo su-

ministraria con mucho gusto la piedad de los pueblos. Y esto se verificará tan pronto como el gobierno alce una prohibicion que tan visiblemente se opone á la libertad que tiene cada individuo de entregarse al género de vida que considera mas conveniente para servicio y gloria de Dios y santificacion de su alma. Si se admite sin contradiccion que el gobierno carece de facultades para impedir que se reunan algunos individuos en una empresa industrial ó mercantil, si se deja á los ciudadanos en completa libertad para fijar su residencia donde mejor les agradare, si nadie ha pensado en vedar que se edifiquen casas en poblado ó en desierto, mientras no se dañe á la propiedad de nadie, y que en ellas vivan una ó mas familias del modo que creyeren mas conveniente, con tal que ni la moral ni los intereses públicos ó particulares no sufran perjuicio, ¿con qué derecho se prohibirá que se reunan en la soledad algunos hombres para orar y ejercitarse en prácticas de devocion y de penitencia? Mientras no ataquen la propiedad agena, ¿qué os importa que vivan de la limosna ó del trabajo de sus manos? Bien necesario es que la impiedad haya trastornado lastimosamente las ideas, introduciendo las preocupaciones mas chocantes é injustas, cuando se hace necesario insistir sobre verdades tan claras, tan evidentes, tan sencillas.

Que la codicia se cebe en pingües patrimonios, y procure por todos los medios posibles apoderarse de ellos y conservarlos, lo concebimos muy bien; que el gobierno arrebatado por el torbellino de la revolucion y cegado por el frenesí de la impiedad, se arroje á pasos injustos y se preste á servir de instrumento á pasiones innobles, tampoco nos es incomprensible; pero que pasado el calor de los primeros momentos y establecido un gobierno regular, se intentase proseguir en un sistema de suspicacia y desconfianza, desconocidas en todas las naciones católicas y hasta en las protestantes, que bajo el nombre de libertad se quisiese continuar oprimiendo las conciencias, no dejando respiradero á las creencias de la nacion, esto fuera una aberracion incalificable, un despotismo irracional, una vejacion sin motivo ni pretesto, un insulto hecho á la religion de los españoles, un empeño de prolongar un estado violento, y por consiguiente poco durable.

La voz de los hijos de San Ignacio y de Santo Domingo de Guzman, resuena en las catedrales de la Francia, con gloria de la religion y con provecho de los fieles y de los incrédulos. Cuando se anuncia un sermon de Ravignan ó de Lacordaire, acude al templo una inmensa muchedumbre, que no bastan á contener las mas espaciosas basílicas. En aquella misma capital donde fueron calum-

niados los institutos religiosos durante largos años, de la manera mas escandalosa, allí donde se firmaron los decretos de su proscripcion, allí se presentan los individuos de las odiadas religiones, atrayendo con el encanto de su elocuencia, convenciendo con la fuerza de sus razones, dominando y arrastrando con el fuego y la energía de su palabra. A oirlos acuden las primeras notabilidades de la Francia, mezclados con una juventud que siente la imperiosa necesidad de llenar el vacío que en su espíritu dejara la irreligion; allí acuden para oir y admirar á hombres cuya vida y palabras son la mas elocuente protesta contra las pérfidas calumnias de una filosofía, que despues de haberse manchado con las mas crueles injusticias, no dejó sobre la tierra mas que escepticismo y desesperacion. En vano se alarman los volterianos, en vano levantan su voz, en vano se oponen á que triunfe la causa de la verdad: Dios ha soplado sobre la tierra, y la faz de la tierra será renovada. El espíritu del mal nada puede contra el Todopoderoso: la Francia ha visto ya ruidosas y admirables conversiones, y las está viendo todavía; el claustro le quita al mundo reputaciones ilustres, que el Señor de las misericordias no se ha olvidado de que la patria de Voltaire fué tambien la patria de San Luis.

En la protestante Inglaterra, en aquel reino donde se conserva todavía dominante el cisma de Enrique VIII, renacen tambien las comunidades religiosas: en Lóndres mismo están los jesuitas, esos jesuitas cuyo solo nombre ecsaltaba en otros tiempos la cólera del gobierno inglés, y levantaba la persecucion. Otros institutos van estableciéndose de nuevo en aquel pais; y numerosos conventos de mugeres están edificándole con sus virtudes y con su celo en educar á la infancia y en consolar al infortunio.

¿Por qué no se ha de verificar tambien lo mismo entre nosotros, en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesus, y de tantos insignes fundadores? ¿Por qué el pueblo católico por escelencia, se ha de ver privado de lo que disfrutan los pueblos protestantes? ¿Por qué ha de continuar ese abismo que nos separa de nuestros mayores, que ultraja nuestras creencias, marchita nuestros mas hermosos recuerdos, y nos presenta á los ojos del mundo como avergonzados de nuestra religion, de nuestras tradiciones, de que pertenecemos á la nacion que se adquirió un renombre inmortal por la adhesion á la fé y á las santas prácticas é instituciones de la Iglesia católica?

Que no es verdad, no, que tal sea la voluntad de la nacion; que no es verdad, no, que tal desee, ni aun consienta la inmensa mayoría de los españoles; no: el pueblo español no ha quemado los conventos, ni degollado á los religiosos; el pueblo español no se ha hecho cómplice de tamañas iniquidades; el pueblo español las ha visto con dolor, con profunda pesadumbre sin poder evitarlo; porque desgraciadamente la historia y la esperiencia enseñan, que en tiempos agitados y turbulentos, lo que domina no es la voluntad de los pueblos, sino las facciones mas inmorales, compuestas de cuanto la sociedad abriga de mas abyecto y dañino.

El mismo curso de la revolucion ha venido aclarando los hechos, desmintiendo las calumnias, manifestando lo siniestro de las intenciones, descifrando el misterio de tanta declamacion contra los cuantiosos bienes, contra la relajacion de los frailes, dejando sin máscara á los hombres que mas se distinguieron por su celo destructor. ¿Dónde están los bienes de las comunidades religiosas? ¿Qué provecho ha sacado de ellos la nacion española? ¿Qué contribuciones se han disminuido? ¿Qué ramos de riqueza se han vivificado? ¿Qué necesidades se han satisfecho? ¿Qué deudas se han estinguido? ¿Qué infortunios se han consolado? La nacion lo ve, lo palpa; la realidad se le presenta de una manera tan cruel, que de ella no podria apartar los ojos aun cuando quisiera. Despues de tantas promesas, despues de tan lisonjeras esperanzas como se pretendia inspirarle, al fin ha presenciado lo que ella temia; solo sabe una cosa, una sola cosa: los bienes no ecsisten, se han improvisado, grandes fortunas, y los religiosos mendigan.

Y cuenta que la nacion no ha sido engañada; lo que ha sucedido ella ya lo preveia; porque desgraciadamente bastante la habia amaestrado la esperiencia de lo pasado, para conjeturar sobre el porvenir.

Pero despues que la revolucion, perdiendo sus formas de osadía aterradora, se ha mostrado en toda su desnudez, dejando espuestas á la vergüenza pública todas las miserias que en su seno abrigaba; despues que la nacion escandalizada, ha visto la sed de mando, la mezquina codicia, y todas las pasiones rastreras que se ocultaban bajo los pomposos nombres de libertad, de igualdad, de regeneracion social; despues que ha visto al mas destemplado orgullo, la mas despreciable vanidad, la mas asquerosa impudencia, campeando en altas regiones, gloriarse de sus flaquezas y de sus maldades, ecsigir á los presentes el apoteosis y á la posteridad un renombre inmortal; despues que la nacion eminentemente juiciosa, sesuda, amante de la verdad y de la virtud, ha visto que de tal suerte se divinizaban á sí mismos la mentira y el crímen, desde entonces el desengaño mas cruel se ha apoderado hasta de los mas necios; desde entonces han vuelto á renacer mas vivos, mas fuertes, los sentimientos que en su pecho ocultaba la nacion; desde entonces no ha podido con-

tener la indignacion que ahogaba á duras penas, y recordado con mas cariño la augusta religion, objeto de tan sacrílegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impía.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia, que por cierto la revolucion no los preveia; pues bien, otros vendrán con el tiempo, que consumarán la obra de salvar á este gran pueblo, que despues de diez años de sufrimiento, tiene ciertamente indisputable derecho á decir: *basta*.

No nos hacemos ilusiones con ecsageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situacion de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien, y los poderosos ausiliares con que cuenta el mal; sabemos que una revolucion que ha campeado tan largos años en un pais, deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un dia de justicia, de que la obra de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intencion, con firmeza, con intrepidez, cual cumple á verdaderos españoles; y cuando esto suceda, triunfará la causa de la razon y de la religion, porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir á tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religion quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre comun de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita á la fé y á la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una ú otra manera las comunidades religiosas; entonces, ó en las ciudades ó en los desiertos, se establecerán reuniones de hombres que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio, y levanten al Señor un corazon ardiente y puro, rogando por la conversion de aquellos que con mas furor los persiguieron.

Artículo Segundo.

Dado que vivimos en un siglo de positivismo material, nos permitiremos una observacion sobre las ocupaciones á que podrian dedicarse con provecho propio y ventaja del público los nuevos solitarios. No creemos que los cestos, las telas groseras y otros artefactos sencillos y de poco valor, en cuya fabricacion se ocupaban los monges de Oriente, sean á propósito en nuestros tiempos sino para hermosear poéticos recuerdos de una vida inocente. Las ocupaciones no solo deben encaminarse á no dejar el espíritu en ócio, distrayéndole de los pensamientos malos, y apartándole de entretenimientos dañosos, sino que es preciso procurar en cuanto cabe, que el trabajo mental ó material sea verdaderamente *útil*, que produzca resultados positivos, y que cuando menos, satisfaga con su fruto el tiempo y las fuerzas que en él se invirtieren.

Por estos motivos dejamos para los utopistas el empeño de emplear á los monges en los trabajos manuales á que en otros tiempos se dedicaron. Atendido el desarrollo que ha tomado la industria, y la estension y perfeccion de la maquinaria, tampoco conceptuamos posible que se imitara á aquellos monges mas ingeniosos, que segun nos refiere Paladio, ejercian toda clase de oficios. Sabido es que la organizacion social antigua, en nada se parece á la moderna; lo que entonces pudiera ser muy útil al público, y hasta ganancioso á los que en su retiro se ocupaban en este linage de tareas, no seria mas en la actualidad que un mero pasatiempo, sin esperanza de que fuera recompensado el trabajo, á no ser que se le quisiese estender en una escala que comprometiese el sosiego de los cenobitas, y rebajase el santo decoro con que deben ofrecerse á los ojos del público.

Parece, pues, que el tiempo sobrante despues de las prácticas de su instituto, la lectura de las Sagradas Escrituras y estudios sobre la religion, no podrian ocuparlo de una manera mas agradable, mas útil, y al propio tiempo mas decorosa, que dedicándose á aquella clase de ciencias naturales, que no necesitando de costosos instrumentos ni continuo contacto con el mundo, se avienen con la paz de los campos y la abstraccion de la soledad. La agricultura, horticultura, selvicultura, la química en sus aplicaciones á los sobre-